

EL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA DE JESÚS Y DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

SANTIAGO GUIJARRO OPORTO*

Resumen:

El Espíritu Santo, el Espíritu del Señor, es sin duda el protagonista en la conformación de las prístinas comunidades cristianas, de acuerdo con las fuentes que tenemos en nuestras manos. El autor realiza una faena creativa haciendo un recorrido diacrónico y sincrónico por los expandidos bosques del Nuevo Testamento. Aquí reside la riqueza del presente texto y del desarrollo de su propuesta: primero analiza la relación entre Jesús y el Espíritu en su pascua y en su ministerio, después se centra en la experiencia del Espíritu que tuvieron las comunidades relacionadas con la tradición paulina durante la primera y segunda generaciones cristianas.

Palabras Clave: Espíritu Santo, Jesús, Nuevo Testamento, Primeras comunidades cristianas.

Abstract:

Following the Holy Scriptures, the Holy Spirit, the Spirit of the Lord, is indeed the leader of the first Christian Communities in their shaping. The author presents here a seminal work as the result of a diachronic and synchronic exploration in what we may call the forest of the New Testament. The article starts dealing with the relationship between Jesus and the Holy

* Sacerdote español. Miembro de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos. Cursó estudios de Teología y Filología Trilingüe en Salamanca y se Licenció en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Realizó su tesis doctoral con estancias en Washington y en Jerusalén. Desde hace seis años es Profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. Durante quince años ha sido director de la Casa de la Biblia, donde dirigió un proyecto de varios años que culminó con la publicación de una nueva versión española de la Biblia, y una serie de comentarios a todos los libros bíblicos, además de múltiples materiales de divulgación bíblica. Es autor de numerosos artículos publicados en diversas revistas españolas y de otras partes del mundo.

Dirección del autor: E-mail: guijarro@upsa.es

Spirit through his holy ministry, his Passion and Resurrection and closes with the first Paulinian communities experiencing the strength of the Spirit through the first two centuries of the Church.

Key Words: Holy Spirit, Jesus, New Testament, First Christian Communities.

Introducción

Los primeros cristianos tenían la certeza de que el Espíritu Santo actuaba en sus vidas. Leyendo las casi trescientas referencias a él que encontramos en los escritos del Nuevo Testamento es fácil advertir que no se trataba de una certeza teórica, sino de una convicción existencial muy intensa basada en la experiencia. Se sentían inundados por una fuerza que actuaba en ellos y a través de ellos. Esta fuerza que llenaba toda su existencia personal y comunitaria les introducía en una nueva vida y en una nueva comprensión de sí mismos, del mundo y del proyecto de Dios, y tenía como consecuencia un nuevo estilo de vida.

Un indicio de la importancia que tuvo esta experiencia en los diversos grupos cristianos es, precisamente, la frecuencia con que aparece el Espíritu en los escritos que produjeron. Las cartas auténticas de Pablo son las que contienen más referencias. Ellas son el mejor testimonio de lo que significó el Espíritu para los cristianos de la primera generación. En los escritos atribuidos a Pablo en la segunda generación las referencias al Espíritu son mucho menos numerosas. En esta segunda generación cristiana la obra lucana es la que mayor protagonismo da a la acción del Espíritu en la vida de las comunidades cristianas. Finalmente, hemos de tener en cuenta la experiencia que ha quedado recogida en el evangelio y en las cartas de Juan por su frescura y vitalidad. Llama la atención, sin embargo, la escasa presencia del Espíritu en la tradición sinóptica.

Estos sencillos datos sugieren ya por dónde debemos encaminar nuestra investigación, y apuntan hacia algunos de los problemas con los que se enfrenta quien quiera conocer de cerca la experiencia del Espíritu que tuvieron Jesús los primeros cristianos. Los enumero al comienzo para tenerlos en cuenta a lo largo de la exposición:

1. El testimonio sobre el Espíritu Santo que encontramos en los escritos del NT refleja la experiencia de diversos grupos cristianos de diversas épocas (primera y segunda generaciones), que vivieron en diversos lugares (Palestina y diáspora cristiana).
2. Lo que encontramos en estos escritos es el reflejo de una experiencia sobre la que se ha reflexionado. No hemos de buscar en ellos una visión sistemática ni

- unitaria, sino una experiencia plural, aunque es cierto que a veces se dan coincidencias importantes en algunos aspectos.
3. La experiencia del Espíritu entre los cristianos de la primera generación sólo nos es accesible directamente a través de las cartas de Pablo. Sabemos que en esta época existieron otros grupos de seguidores de Jesús, pero su experiencia del Espíritu nos ha llegado a través de testimonios tardíos, principalmente a través del libro de los Hechos.
 4. Por el contrario, de la segunda generación cristiana, época en la que es escribieron la mayor parte de los libros del NT, tenemos una variada gama de testimonios sobre la vivencia del Espíritu. La mayor parte de ellos se encuentran en las cartas atribuidas a Pablo y en la obra de Lucas, que están relacionadas con la tradición paulina, y también en los escritos de la tradición joánica, que representan un contexto vital y una tradición diferentes.
 5. Las pocas menciones del Espíritu en la tradición sinóptica nos invitan a preguntarnos si los primeros cristianos proyectaron su experiencia del Espíritu en la vida de Jesús, o si por el contrario fue la experiencia que Jesús tuvo del Espíritu la que sirvió de base a la que más tarde tuvieron ellos.
 6. Se plantea, finalmente, un problema que no es posible abordar ahora ni siquiera esbozándolo, pero que sí quiero mencionar. Me refiero a la distancia cultural que existe entre nosotros y los primeros cristianos. Para ellos la palabra "espíritu" tenía connotaciones que no tiene para nosotros, y para nosotros tiene connotaciones que no tenía para ellos. Tendremos que tener mucho cuidado para no proyectar sobre los textos que ellos produjeron las resonancias que para nosotros tiene el Espíritu después de veinte siglos de teología cristiana.

Estas consideraciones indican la complejidad de la experiencia del Espíritu que tuvieron Jesús y los primeros cristianos. En las páginas que siguen no me propongo hacer un estudio exhaustivo de dicha experiencia. Primero analizaré la relación entre Jesús y el Espíritu en su pascua y en su ministerio, y después me centraré en la experiencia del Espíritu que tuvieron las comunidades relacionadas con la tradición paulina durante la primera y segunda generaciones cristianas. He elegido esta tradición porque es la que nos ha legado un mayor número de testimonios. Para completar mi exposición habría que estudiar las referencias al Espíritu o a la acción de los profetas en los escritos del cristianismo palestinese¹, y sobre todo el testimonio de la acción del

¹ En la comunidad de Jerusalén el único indicio claro de esta vivencia del Espíritu fue la actividad de profetas como Agabo (Hch 11,27-29; 21,10-12). Tal vez el fuerte liderazgo de los Doce, y más tarde de Santiago y los demás parientes del Señor hizo que la experiencia pneumática de esta comunidad fuera menos intensa; véase: F. W. Horn, "Holy Spirit", en: D. N. Freedman (ed.), *Anchor Bible Dictionary* (New York 1992) III, 260-280, p. 270-271. La tradición de los dichos del Señor recogida en el documento Q refleja la vivencia de los grupos cristianos de Galilea, que tampoco tuvieron una intensa experiencia de la acción del Espíritu de Dios. Lo que

Espíritu en los escritos joánicos, que refleja la rica experiencia de un grupo distinto de comunidades cristianas durante la segunda generación².

I La experiencia del Espíritu en la pascua y en la vida de Jesús

Según el testimonio de las principales tradiciones del NT, en la Pascua se dio una estrecha vinculación entre Jesús y el Espíritu. Comenzaré explorando esta convicción compartida por diversos grupos cristianos de épocas y tendencias diversas, y después abordaré los pasajes de la tradición sinóptica en los que Jesús habla del Espíritu o se describe la acción de éste en su vida.

El Espíritu y el Resucitado

Según el evangelio de Juan el don del Espíritu fue una consecuencia de la pascua-glorificación de Jesús. Explicando las palabras de Jesús sobre el agua viva que brotará de sus entrañas, el evangelista comenta: "*Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él. Y es que aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.*" (Jn 7,39). Esta misma convicción aparece en los anuncios del Paráclito, en los que el mismo Jesús afirma: "*Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré.*" (Jn 16,7). Por eso en el evangelio de Juan la venida del Espíritu no es un acontecimiento separado de la Pascua, sino que tiene lugar en una de las apariciones del Resucitado. Los discípulos reciben el Espíritu, no en forma de lenguas de fuego como en el relato de Pentecostés, sino a través del mismo aliento de Jesús (Jn 20,22). El Espíritu es, pues, un don que procede directamente del Resucitado, y está vinculado al momento de su partida de este mundo³.

En la obra de Lucas la Resurrección de Jesús y la venida del Espíritu sobre los discípulos son dos acontecimientos diferentes. Lucas sitúa entre ambos un periodo de cuarenta días, los que separaban la fiesta de Pascua de la de Pentecostés, para separar

ellos experimentaban era sobre todo el Espíritu de Jesús, presente en medio de ellos principalmente a través de sus dichos y de su mensaje; véase: S. Schulz, *Q, die Spruchquelle der Evangelisten* (Zürich 1972) pp. 63-64.

² Sobre el Espíritu en el evangelio de Juan puede verse: E. Schweizer, "πνεῦμα κτλ" en: G. Kittel (ed.), *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, Mi. 1968) IV, 389-445, pp. 437-444; R. Schnackenburg, *El evangelio según San Juan. Vol. IV: Exégesis y excursus complementarios* (Barcelona 1987) pp. 35-62; G. Ghiberti, *Spirito e vita cristiana in Giovanni* SB 84 (Brescia 1989) pp. 11-58; y: C. S. Keener, *The Spirit in the Gospels and Acts. Divine Purity and Power* (Peabody, Ma. 1997) pp. 135-198

³ Horn, "Holy Spirit... p. 277.

ambos momentos y dar así relevancia propia a la venida del Espíritu⁴. Sin embargo, esta separación es sólo aparente, porque en los primeros capítulos de Hechos el Espíritu es, ante todo, un don del Resucitado. En la última aparición que se describe en el evangelio, Lucas pone en boca de Jesús estas palabras: "*Os voy a enviar el don prometido por mi Padre. Vosotros quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto*" (Lc 24,49). A esta promesa se refiere el mismo Jesús en el encuentro con sus discípulos narrado en los primeros versículos de los Hechos (Hch 1,4-5). Pero donde más claramente aparece esta relación entre la venida del Espíritu y la Pascua de Jesús es en estas palabras del primer discurso de Pedro: "*El poder de Dios lo ha exaltado; y él habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado, como estáis viendo y oyendo*" (Hch 2,33). La venida del Espíritu es, también para Lucas, un acontecimiento directamente relacionado con la resurrección de Jesús; es "el Espíritu de Jesús" (Hch 16,7).

Estos testimonios tomados del evangelio de Juan y de la obra de Lucas revelan que los cristianos de la segunda generación relacionaban la venida del Espíritu con la Pascua de Jesús. Para ellos el Espíritu era un don pascual, y había sido derramado sobre los discípulos por mediación de Jesús después de su resurrección-glorificación. Se trataba del mismo Espíritu que había acompañado a Jesús desde el principio de su ministerio. Juan y Lucas son, de hecho, los dos evangelistas que más insisten en la presencia del Espíritu en los comienzos del ministerio de Jesús (Lc 3, 22; 4,1. 14. 18; Jn 1,32. 33). Podemos preguntarnos si también los cristianos de la primera generación relacionaron el don del Espíritu con la resurrección de Jesús.

En las cartas de Pablo hay dos pasajes en los que aparece esta vinculación. El primero de ellos se encuentra en el exordio de la carta a los Romanos, y el segundo en el capítulo octavo de esta misma carta, en el que Pablo nos ha dejado la reflexión más detallada y articulada sobre la acción del Espíritu en la vida del creyente. El primero de estos pasajes es interesante, porque Pablo cita en él una confesión de fe aprendida tal vez durante su estancia en la comunidad de Antioquía. En ella se afirmaba que Jesús había "*nacido de la estirpe de David según la carne*" y había sido "*constituido por su resurrección de entre los muertos Hijo poderoso de Dios según el Espíritu santificador*" (Rom 1,3-4). Es un texto muy concentrado y difícil de interpretar, pero no cabe duda de que en él se relaciona la resurrección del Jesús con la acción del Espíritu.

⁴ No entro aquí en la cuestión, muy interesante por cierto, del origen del relato de Pentecostés. E. Von Dobschütz, *Ostern und Pfingstern* (Leipzig 1903) propuso que en el origen de este relato se encontraba la aparición a más de quinientos hermanos mencionada por Pablo en 1 Cor 15,6. J. D. G. Dunn, *Jesús y el Espíritu* (Salamanca 1981) pp. 235-240 analizó esta hipótesis y llegó a la conclusión de que, si bien se trataba de dos acontecimientos diferentes, "el don del Espíritu no fue algo tan completamente distinto y separado de las manifestaciones de la resurrección como Lucas da a entender" (p. 240). Recientemente G. Lüdemann, *Die Auferstehung Jesu. Historie, Erfahrung, Theologie* (Göttingen 1994) pp. 129-139, ha vuelto a plantear con nuevos argumentos la hipótesis de von Dobschütz.

Mucho más explícito es el pasaje del capítulo octavo. Pablo contrapone las actitudes de aquellos que viven según "la carne" a las de aquellos que viven según el Espíritu, y muestra cómo éstos últimos están llamados a participar de la victoria de Jesús sobre la muerte, porque participan del mismo Espíritu, pues *"si el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos hará revivir vuestros cuerpos mortales por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros."* (Rom 8, 11). Pablo presupone que la manifestación del Espíritu en la resurrección de Jesús es el punto de referencia para entender la acción del Espíritu en los creyentes.

Estos dos pasajes relacionan explícitamente la resurrección con la acción del Espíritu, pero en un sentido muy distinto al que hemos visto en Juan y Lucas. No aparece en ellos tan claramente que el Espíritu es un don del Resucitado, sino la fuerza de Dios que se ha manifestado en la resurrección de Jesús. Hay en Pablo, sin embargo, otros pasajes en los que de forma indirecta y menos explícita, aunque no menos clara, puede reconocerse la convicción que Juan y Lucas hicieron explícita más tarde. En cuatro lugares Pablo establece una íntima vinculación entre Jesús y el Espíritu. Le llama el "Espíritu de Jesús" (Rom 8,9), el "Espíritu del Hijo" (Gál 4,6), el "Espíritu del Señor" (2Cor 3,17) y el "Espíritu de Jesucristo" (Flp 1,19). En todos estos casos se refiere al Resucitado, no al Jesús terreno, y manifiesta así que el Espíritu es un don del Resucitado. Más adelante veremos que la vida "en Cristo" y la "vida en el Espíritu" son para Pablo expresiones casi equivalentes, pues *"el que se une al Señor se hace un solo Espíritu con él"* (1 Cor 6,17). James Dunn, después de estudiar detenidamente los textos paulinos en los que aparece la relación entre Jesús y el Espíritu concluye que "cuando Pablo quiere encontrar lo específico de la experiencia dada por el Espíritu, no lo halla en el Espíritu carismático en cuanto tal, ni en el Espíritu escatológico en cuanto tal, sino en el Jesús Espíritu, en el Espíritu con los rasgos de Cristo. El tiene la experiencia del Espíritu como poder que brota del Señorío de Jesús, como poder que reproduce para el creyente la relación filial de Jesús con el Padre, como poder que renueva el carácter del creyente conforme al modelo de Cristo. Los únicos carismas, el único Espíritu carismático de que Pablo quiere oír hablar es el Espíritu de Cristo, o sea, Cristo, que es el Espíritu vivicante"⁵.

Así pues, aunque con formas y matices diversos, los cristianos de las dos primeras generaciones tuvieron la convicción de que el Espíritu, tal como ellos lo experimentaban, estaba estrechamente vinculado a la Pascua de Jesús, hasta el punto de que lo consideraron un don del Resucitado. Este es el punto de partida más firme para conocer la experiencia que los primeros cristianos tuvieron del Espíritu. Desde él hemos de dirigirnos, en primer lugar hacia los testimonios de los evangelios que relacionan a

⁵ Dunn, *Jesús y el Espíritu...* p. 525; véanse también pp. 515-528.

Jesús con el Espíritu durante su ministerio, para averiguar si Jesús experimentó en su vida la acción del Espíritu y cuál es el sentido que él dio a esta experiencia.

El Espíritu en la vida de Jesús

Como ya dije al comienzo, las menciones del Espíritu en los evangelios no son muy abundantes. Comienzo con una sencilla clasificación de los pasajes en que aparece y con una valoración sobre el origen prepascual de los mismos.

Hay que descartar, en primer lugar, los cuatro dichos que Juan pone en boca de Jesús (Jn 3,5-8; 4,23-24; 6,63; 20,22) y los anuncios del Paráclito. Todos estos pasajes reflejan la teología del evangelista y por tanto reflejan la experiencia de los cristianos de la segunda generación. También hay que descartar, debido a su carácter redaccional, dos dichos de Jesús (Lc 4, 18 = Is 61, 1; 11, 13) y dos comentarios narrativos (Lc 4, 14; 10,21) que sólo se encuentran en Lucas, así como el envío final de los discípulos en Mateo (Mt 28, 19) y la cita de Is 41 en Mt 12, 18⁶. Descartados estos pasajes, que son claramente redaccionales, nos quedan un total de ocho referencias: cuatro dichos de Jesús, un dicho del Bautista y tres menciones narrativas sobre la acción del Espíritu en Jesús.

Dichos de Jesús:

1 Si yo expulso los demonios...	Mt 12,27s		Lc 11,19s
2 Quien hable contra el Espíritu Santo	Mt 12,32		Lc 12,10
3 Quien hable contra el Espíritu Santo	Mt 12,31	Mc 3,29	
4 El Espíritu hablará por vosotros	Mt 10,20	Mc 13,10	Lc 12,12

Dicho del Bautista:

5 El que bautizará con E. Santo y fuego	Mt 3,11	Mc 1,8	Lc 3,16	(Jn 1,33)
---	---------	--------	---------	-----------

Menciones narrativas:

6 En el bautismo de Jesús	Mt 3,16	Mc 1,10	Lc 3,22	(Jn 1,32)
7 Impulsado por el Espíritu fue al desierto	Mt 4,1	Mc 1,12	Lc 4,1	
8 Jesús concebido por obra del Espíritu	Mt 1,18.20		Lc 1,35	

De los cuatro dichos de Jesús el cuarto, en el que se promete la asistencia del Espíritu en momentos de persecución, refleja una situación posterior de las comunidades cristianas, que aparece repetidamente en el libro de los Hechos⁷. Los otros tres, que

⁶ Sobre los pasajes de Mateo y Lucas, véase: C. K. Barret, *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica* (Salamanca 1978) pp. 165-170

⁷ Barret, *El Espíritu Santo...* pp. 212-216.

contienen en realidad dos dichos distintos de Jesús, pueden ser asignados, en principio, a la tradición prepascual.

En favor del dicho del Bautista sobre el bautismo de Jesús con Espíritu Santo y fuego puede aducirse el hecho de la atestación múltiple, pues se encuentra también en Juan, pero es sospechoso desde el punto de vista histórico, porque refleja muy claramente la polémica de los primeros cristianos con los discípulos de Juan Bautista, de la que encontramos numerosos indicios tanto en Hechos como en Juan (véase p. e. Hch 19,1-7). No podemos, por tanto, considerarlo como una tradición prepascual⁸.

Nos quedan las tres referencias narrativas a la acción del Espíritu en Jesús. Ninguna de ellas puede ser considerada críticamente como una tradición prepascual. El relato del bautismo de Jesús es una composición teológicamente muy densa en la que, entre otras cosas, se aplica a Jesús la convicción del judaísmo de que el Espíritu vendría sobre el Mesías. Algo parecido puede decirse a propósito del relato de las tentaciones, en el que se pone de manifiesto la asistencia del Espíritu en el momento de la prueba⁹. La referencia a la concepción de Jesús por obra del Espíritu es una tradición muy antigua, como muestra el hecho de que Mateo y Lucas, que tanto difieren en sus respectivos relatos de la infancia, coincidan en este dato. Sin embargo, difícilmente puede considerarse una tradición prepascual¹⁰.

Así pues, si queremos conocer cuál fue la experiencia que Jesús tuvo del Espíritu tendremos que comenzar estudiando el dicho sobre el poder con el que Jesús expulsa los demonios, y las dos versiones (Q y Mc) del dicho sobre el pecado contra el Espíritu Santo, pues estos dos dichos de Jesús pertenecen con mucha probabilidad a la tradición prepascual.

El dicho sobre el origen del poder de Jesús para expulsar demonios procede del documento Q. Respondiendo a la acusación de que expulsaba los demonios con el poder de Belzebú, Jesús afirma: "*Si yo expulsó los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿con qué poder los expulsan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo expulsó los demonios con el dedo (Mt: Espíritu) de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros*" (Lc 11,19-20 // Mt 12,27-28). La mayoría de los estudiosos opina que este dicho procede de Jesús¹¹. Se discute cuál es

⁸ Barret, *El Espíritu Santo...* pp. 205-208.

⁹ Sobre ambos pasajes véase: Barret, *El Espíritu Santo...* pp. 53-94; Dunn, *Jesús y el Espíritu...* pp. 113-117; Horn, "Holy Spirit..." p. 267. Sobre el Espíritu en el bautismo de Jesús, véase especialmente: Keener, *The Spirit in the Gospels and Acts...* pp. 49-90

¹⁰ J. P. Meier, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Tomo I: Las raíces del problema y de la persona* (Estella 1997) pp. 233-236.

¹¹ J. P. Meier, *A Marginal Jew. Vol. II: Mentor, Message and Miracles* (New York 1994) 404-423. Véase también: E. P. Sanders, *Jesus and Judaism* (Philadelphia 1985) 133-135.

la forma que tenía en Q. El dicho es exactamente igual en Mateo y en Lucas excepto en una palabra. Según Mateo Jesús expulsa los demonios con el poder del "Espíritu" de Dios, y según Lucas con el "dedo" de Dios. Ambas versiones pueden aducir argumentos en su favor¹², pero tal vez esto no sea tan importante, pues en ambos casos el poder de Jesús se atribuye a una fuerza procedente de Dios. Jesús tuvo conciencia de que este poder actuaba a través de él, y también de que a través de los exorcismos que realizaba con este poder el Reinado de Dios estaba comenzando a hacerse presente. En este dicho aparecen dos elementos centrales del ministerio de Jesús: sus exorcismos y el anuncio de la llegada del Reinado de Dios; y ambos son legitimados diciendo que Jesús actúa con el poder (Dedo-Espíritu) de Dios.

El segundo dicho, que habla del pecado contra el Espíritu Santo, se ha transmitido en dos versiones, una procedente de Marcos y otra del documento Q. La versión de Marcos, que se encuentra en forma abreviada en Mateo, se refiere sólo al pecado contra el Espíritu Santo, y dice así: "*Os aseguro que todo se les podrá perdonar a los hombres, [los pecados y cualquier blasfemia que digan,] pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás; será reo de pecado eterno.*" (Mc 3,28-29 // Mt 12,31)¹³. La versión de Q, sin embargo, distingue entre el pecado contra el Espíritu y el pecado contra el Hijo del hombre: "*Al que diga algo contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que lo diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará.*" (Mt 12,32 // Lc 12,10)¹⁴. Es muy probable que se trate de dos versiones de un mismo dicho, y que la versión más antigua era la de Marcos. El logion de Q parece haber sido ampliado distinguiendo entre la blasfemia contra el Hijo del hombre y contra el Espíritu, una tendencia que observamos más tarde en la versión de este mismo dicho en el Evangelio de Tomás¹⁵.

¹² En favor de la versión de Lucas está el hecho de que este evangelista, como hemos visto, ha incluido más menciones del Espíritu en su evangelio que los demás; sería extraño que hubiera dejado pasar esta oportunidad de relacionar la actividad de Jesús con el Espíritu; véase: Meier, *A Marginal Jew. Vol. II...* pp. 407-411. En favor de la versión de Mateo puede aducirse el argumento contrario, pues él no es propenso a multiplicar las menciones del Espíritu, y no se ve por qué razón lo habría hecho en este dicho; además es posible ver en la formulación de Lucas una alusión a las plagas del Exodo (Ex 7,4s), muy del gusto del tercer evangelista; véase: G. H. Twelftree, *Jesus, the Exorcist. A Contribution to the Study of the Historical Jesus* (Peabody, Ma. 1993) 108-110; véase también: Dunn, *Jesús y el Espíritu...* pp. 86-89.

¹³ Los corchetes indican lo que podría asignarse a la redacción de Marcos. Obsérvese que en ambos casos se trata de ampliaciones explicativas.

¹⁴ Las dos versiones coinciden en el contenido. La de Mateo está menos retocada literariamente, aunque ha añadido la referencia a la recompensa que no está en Lucas, ni tampoco estaría en Q. Véase: A. Polag, *Fragmenta Q* (Neukirchen-Vluyn, 2 ed., 1982) *ad loc.*

¹⁵ El Evangelio de Tomás menciona también la blasfemia contra el Padre: "Al que blasfeme contra el Padre le será perdonado, y al que blasfeme contra el Hijo le será perdonado, pero al que blasfeme contra el Espíritu no le será perdonado ni en la tierra ni en el cielo" (EvTom 44). En la Didajé, encontramos un dicho que habla indirectamente del pecado contra el Espíritu solamente: "A todo profeta que hable en Espíritu no le pongáis a prueba ni le juzguéis, pues cualquier pecado será perdonado, pero este pecado no será perdonado" (Did 11,7).

Se ha discutido sobre el origen de este dicho. ¿Se originó en las controversias sobre la presencia del Espíritu en las primeras comunidades?¹⁶ ¿O más bien tuvo su origen en el ministerio de Jesús? En favor de esta segunda hipótesis puede aducirse el hecho de que Mateo, tan sospechoso con la actividad de los profetas carismáticos (Mt 7,22s), no habría incluido este dicho en su evangelio si no se tratara de una tradición antigua. Hemos de pensar, más bien, que este dicho se originó en la controversia que suscitaron los exorcismos de Jesús durante su ministerio. Jesús respondió con él a las acusaciones de sus adversarios, que veían actuando en sus exorcismos al príncipe de los demonios. Llama la atención la seriedad con que Jesús toma esta crítica, indicio de la importancia que daba a sus exorcismos como manifestación del Reinado de Dios.

Me he detenido en estos dos dichos de Jesús, porque son el acceso más seguro a la experiencia que Jesús tuvo del Espíritu. En ellos se revela que Jesús tomó en serio las acusaciones de sus adversarios acerca del origen del poder que exhibía en sus exorcismos. Quien actuaba a través de Jesús no era el príncipe de los demonios, sino el mismo Espíritu de Dios, lo cual significaba que en sus exorcismos estaba comenzando a hacerse presente el Reinado de Dios. El tema de fondo es, pues, el del origen de la autoridad de Jesús. Estudiándolo podríamos precisar más la experiencia que Jesús tuvo del Espíritu¹⁷. Es un tema muy debatido hoy en los estudios sobre el Jesús histórico, y no es posible plantear ahora ni siquiera mínimamente el problema. Sólo citaré unas palabras de Geza Vermes, quien después de analizar si la autoridad de Jesús procedía de su interpretación de la Escritura o de otra fuente habitual en el judaísmo de su tiempo, concluye que, tanto Jesús como Juan Bautista, fundamentaron su autoridad directamente en Dios: "La gente creía en el origen celestial de la enseñanza de Jesús y de Juan, reforzada en el caso del primero por su patente poder sobre la enfermedad corporal y mental, y eso les dispensaba a ambos de la necesidad de demostrar la veracidad de su doctrina. Sus palabras estaban dotadas de autoridad, no porque estuvieran confirmadas por las Escrituras, sino porque los dos eran reverenciados como profetas inspirados por el Espíritu de Dios"¹⁸.

Esta autoridad de Jesús, que procedía de Dios y se manifestaba en sus exorcismos, en sus curaciones y en su enseñanza con autoridad, ponía de manifiesto la acción del Espíritu a través de él. Por eso, aunque las referencias explícitas al Espíritu en labios de Jesús son muy escasas, podemos afirmar que se consideró a sí mismo como ungido

¹⁶ Un indicio de esta controversia se encuentra en el pasaje de Didajé citado en la nota precedente. A esta misma controversia podría referirse la exhortación de Pablo: "No apaguéis el Espíritu" (1 Tes 5,17)

¹⁷ Este es el camino seguido por C. K. Barret, que dedica un capítulo de su estudio sobre el Espíritu en la tradición sinóptica a investigar los términos *exousia* (ἐξουσία) y *dynamis* (δύναμις) en los evangelios; véase: Barret, *El Espíritu Santo...* pp. 121-156.

¹⁸ G. Vermes, *La religión de Jesús el judío* (Madrid 1996) p. 97; véanse la discusión en pp. 64-97.

por el Espíritu de Dios, y tuvo conciencia de que éste actuaba a través de él. Esto justifica el hecho de que los primeros cristianos, más conscientes de la acción del Espíritu en Jesús desde su propia experiencia carismática, subrayaran esta presencia del Espíritu en momentos importantes de su vida, especialmente en su bautismo. Lo que hicieron no fue proyectar hacia atrás la experiencia que ellos estaban viviendo¹⁹, sino explicitar la experiencia que Jesús vivió: que el poder de Dios actuaba en él y a través de él, para anunciar y hacer presente el Reinado de Dios.

Después de esta incursión en la experiencia que Jesús tuvo del Espíritu, volvemos a nuestro punto de partida, la acción del Espíritu en la Pascua, y desde él vamos a tratar de adentrarnos en la experiencia del Espíritu que tuvieron los primeros cristianos.

2 La experiencia del Espíritu en la primera generación cristiana

La primera generación cristiana suele localizarse temporalmente entre el año 30 y el 70 d.C., es decir, entre la resurrección de Jesús y la destrucción de Jerusalén. Las cartas que Pablo y sus colaboradores dirigieron a las comunidades fundadas por ellos fueron escritas en la segunda mitad de esta etapa y reflejan la vivencia de este grupo de comunidades veinte años después de la resurrección de Jesús. La pregunta que en seguida se plantea ante esta constatación es: ¿qué sabemos acerca de la vivencia del Espíritu que tuvieron las comunidades cristianas en estos veinte años? Para responderla tenemos el testimonio de los doce primeros capítulos de Hechos y las fórmulas tradicionales que el mismo Pablo incorporó en sus cartas.

Las comunidades anteriores a Pablo

El libro de los Hechos es un relato muy elaborado desde el punto de vista teológico, pero ha conservado recuerdos históricos muy interesantes sobre los primeros años del cristianismo. Su grado de fiabilidad histórica depende, en gran parte, de las tradiciones que utiliza²⁰. En los doce primeros capítulos del libro aparecen numerosos detalles que revelan una experiencia carismática muy intensa. En ellos se advierte un notable entusiasmo escatológico, reflejado en la convicción de vivir los últimos días, en la importancia del templo y en la comunión de bienes. El recuerdo de los prodigios y

¹⁹ Es importante observar que los evangelios son muy parcos a la hora de mencionar la acción del Espíritu durante el ministerio de Jesús. Basta comparar en la obra de Lucas las abundantes menciones del Espíritu en el libro de los Hechos y en el relato de la infancia de Jesús (Lc 1-2), con las pocas que aparecen en el relato de su ministerio (Lc 3-24).

²⁰ Sobre el valor histórico de Hechos, véase: E. Haenchen, "The Book of Acts as Source Material for the History of Early Christianity", en: L. E. Keck - J. L. Martyn (ed.), *Studies in Luke-Acts. Essays Presented in Honor of Paul Schubert* (London 1968) 258-278.

señales realizados por los Doce y los Helenistas, apunta también a una experiencia carismática intensa, lo mismo que la importancia que se da a los profetas y al espíritu de profecía (Hch 11,27-29; 13,1; 15,32; 21,10-12; 21,9). En esta misma línea habrá que entender la autoridad con que actuaban aquellos primeros cristianos: "en nombre de Jesús" o "llenos del Espíritu Santo"²¹.

El grupo de los Helenistas, compuesto probablemente por los judíos de lengua griega que se habían hecho cristianos, es el que mejor refleja todos estos rasgos. Esteban, por ejemplo, es presentado como modelo de carismático, pues no sólo estaba "*lleno de fe y de Espíritu Santo... de gracia y de fuerza, y realizaba grandes prodigios y señales en medio del pueblo*" (Hch 6,5. 8), sino que además hablaba con una sabiduría inspirada en el Espíritu (Hch 6,10). Felipe, otro del grupo de los Siete, es presentado como un gran exorcista, en el que la gente veía actuando el poder de Dios (Hch 8,7. 10).

Sabemos que el grupo de los Helenistas fue el que llevó el evangelio hasta Antioquía, y que Pablo pasó algún tiempo en esta comunidad antes de comenzar su tarea como misionero. Podemos presuponer que fue allí donde aprendió las confesiones de fe y los himnos que luego cita en sus cartas. Estudiando estos elementos tradicionales, que también aparecen en otros escritos del NT, advertimos que la imagen que Lucas nos ofrece de los Helenistas tiene un fundamento histórico. En estos credos e himnos pueden identificarse algunas fórmulas tradicionales en las que se refleja esta misma experiencia del Espíritu: "Dios nos ha dado su Espíritu" (Hch 5,32; 15,8; Rom 5,5; 11,8; 2Cor 1,22; 5,5; 1Tes 4,8; 2Tim 1,7; 1Jn 3,24; 4,13); "habéis recibido el Espíritu" (Jn 20,22; Hch 2,33. 38; 8,15. 17. 19; 10,47; 19,2; Rom 8,15; 1Cor 2,12; 2Cor 11,4; Gal 3,2. 14; 1Jn 2,27); "el Espíritu de Dios habita en vosotros" (1Cor 3,16; 6,19; Ef 2,21 1Pe 2,5; *EpBern* 16,10); o la de 1Cor 6,11: "en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu"²². Estas fórmulas se originaron probablemente en el contexto de la celebración del bautismo y de la catequesis, y su presencia en escritos de diversas tradiciones revela su antigüedad. A través de ellas y de los testimonios de Hechos antes citados accedemos a una experiencia del Espíritu que continuó después en las comunidades paulinas.

Las comunidades paulinas

Cuando llegamos a las cartas de Pablo encontramos un terreno firme para hablar de la experiencia del Espíritu entre los primeros cristianos. Es cierto que su vivencia

²¹ Una explicación detallada de estos rasgos carismáticos de los cristianos de la primera generación puede verse en: Dunn, *Jesús y el Espíritu...* pp. 257-315.

²² Sobre el origen prepaolino de estas fórmulas, véase: Horn, "Holy Spirit..." pp. 269-270.

nos llega a través de la visión personal de Pablo, pero el carácter epistolar de su testimonio hace pensar que sus escritos son un fiel reflejo de las situaciones a las que se refiere.

Sabemos que las comunidades a las que se dirige, excepto la de Roma, fueron evangelizadas por Pablo y sus compañeros, y podemos pensar que la experiencia de estas comunidades tiene que ver con la vivencia que él mismo tuvo del Espíritu. Varios pasajes de sus cartas hablan de ella. El más explícito de todos es, probablemente, una afirmación sobre su autoridad para instruir a la comunidad sobre aspectos éticos. Pablo justifica esta autoridad diciendo: *"pues también yo creo tener el Espíritu de Dios"* (1 Cor 7,40). En Rom 9,1 manifiesta la convicción de que el Espíritu Santo le asiste interiormente, y en otro lugar reconoce que el Espíritu actuó a través de él cuando anunció el evangelio a los corintios: *"Mi palabra y mi predicación no consistieron en sabios y persuasivos discursos; fue más bien una demostración del poder del Espíritu"* (1 Cor 2,4). Estos tres pasajes se refieren a la actividad apostólica de Pablo, y están relacionados con otros en los que fundamenta su autoridad como apóstol en el hecho de haber recibido el Espíritu y en manifestaciones extraordinarias de este Espíritu en él y a través de él (2 Cor 12,1-5)²³.

Pablo tenía, pues, una intensa experiencia del Espíritu que transmitió a sus comunidades. Esta experiencia inicial, vivida probablemente en la comunidad de Antioquía con el grupo de los Helenistas, se fue matizando en la relación con las comunidades por él fundadas. En sus cartas aparecen dos circunstancias de muy distinto signo que probablemente le ayudaron a madurar aquella experiencia inicial: las controversias con los "espirituales de Corinto" y la polémica con los "misioneros judeocristianos" venidos de Jerusalén. Las controversias con los primeros le ayudaron a descubrir los peligros de una vivencia indiscriminada e incontrolada del Espíritu, y a establecer algunos criterios fundamentales para discernir los dones espirituales (1 Cor 12-14). Por su parte, la polémica con los misioneros judeocristianos que cuestionaban el fundamento de su condición de apóstol, le ayudaron a subrayar la centralidad del Espíritu, y no de otros avales humanos, como fundamento de la fe y de la comunidad cristiana (2 Cor 10-13; Gál 3, 1-5)²⁴.

Estos problemas se plantearon en el espacio de una década, que es el tiempo en que se escribió el epistolario paulino. Pablo respondió a ellos de forma casi inmediata,

²³ La principal fuente de su autoridad como apóstol es "haber visto al Resucitado" (1 Cor 9,1; 15,8), pero en Pablo esta experiencia pascual tiene la forma de una revelación (Gál 1,12. 16), que da lugar a una profunda unión con Cristo, descrita en términos de posesión muy semejantes a los que Pablo utiliza para hablar de su relación con el Espíritu (Gál 2,20).

²⁴ Sobre la importancia de estas dos experiencias de Pablo en su comprensión del Espíritu, véase: Horn, "Holy Spirit... pp. 271-276.

y parece que a lo largo de estos años su forma de concebir la acción del Espíritu no varió sustancialmente. Voy a exponer ahora, en una apretada síntesis algunos de sus rasgos más sobresalientes²⁵.

El Espíritu era para Pablo y sus comunidades, ante todo, un don de Dios. El uso del pasivo divino (p.e en Rom 5,5) y la mención explícita de Dios como sujeto indican que la fuente de este don estaba solamente en Dios. Se trataba del Espíritu que procedía de Dios y que Dios daba. Ya en 1 Tes 4,8 Pablo afirma rotundamente que es Dios "quien os da su Espíritu Santo". Como ya vimos antes, Pablo está citando aquí una fórmula tradicional.

Más característico de la experiencia de Pablo es el hecho de que este Espíritu se recibe gracias a la fe. La relación entre estos dos términos en Pablo es uno de los ejes de su teología del Espíritu y deben situarse en el contexto de su experiencia misionera²⁶. Pablo estaba convencido de que el Espíritu actuaba cuando él predicaba el evangelio, y de que su acción determinaba tanto el contenido como la forma de su predicación. Esta actuación del Espíritu se manifestaba principalmente en la acogida del mensaje por parte de los que le escuchaban. El pasaje más expresivo de esta experiencia se encuentra en la recriminación que dirige a los Gálatas por haberse dejado convencer por los predicadores judeocristianos: "¡Gálatas insensatos! ¿Quién os ha embrujado? ¿No os puse ante los ojos a Jesucristo crucificado? Solamente quisiera saber esto de vosotros: ¿Recibísteis el Espíritu por haber cumplido la ley o por haber respondido con fe?" (Gál 3,1-2), y un poco más adelante subraya que "este Espíritu lo recibimos gracias a la fe" (Gal 3,14)²⁷. Por eso, con toda razón puede Pablo llamar a este Espíritu "Espíritu de fe" (2Cor 4,13) o "Espíritu que procede de la fe" (Gál 5,5). Este Espíritu, recibido cuando se acoge con fe la predicación del mensaje sobre Jesucristo resucitado, es también el que luego capacita a los creyentes para confesar el nombre de Jesús, de modo que: "Nadie que hable movido por el Espíritu de Dios puede decir: «Maldito sea Jesús». Como tampoco nadie puede decir: «Jesús es Señor», si no está movido por el Espíritu Santo." (1 Cor 12,2-3).

La acción del Espíritu en quienes lo han recibido gracias a la fe se manifiesta en una nueva existencia que los introduce en el misterio pascual de Cristo. Por eso, para

²⁵ El estudio reciente más amplio y documentado sobre el Espíritu en los escritos paulinos es el de G. D. Fee, *God's Empowering Presence* (Peabody, Ma. 1994).

²⁶ Schweizer, "πνεῦμα κτλ" ... pp. 425-428.

²⁷ Podría pensarse que esta acogida del Espíritu que tenía lugar en el momento de la predicación estaba relacionada con la recepción del bautismo, como indica el paralelismo entre haber sido sellados y haber recibido el Espíritu en 2Cor 1,22. Sin embargo, la única mención del verbo *sfragizo* (σφραγίζω) en las cartas de Pablo se encuentra en Rom 15,28 y no tiene este sentido. Sí lo tiene en Ef 1,13 y 4,30.

Pablo vivir "en el Espíritu" es sinónimo de vivir "en Cristo"²⁸. La novedad de la vida que da el Espíritu viene de la participación en la muerte y la resurrección de Cristo, como explica el mismo Pablo a los corintios, después de recordarles la situación en que se encontraban antes de creer: *"habéis sido purificados, consagrados y salvados en nombre de Jesucristo, el Señor, y en el Espíritu de nuestro Dios."* (1 Cor 6,9). De esta incorporación a Cristo brota una novedad que sobrepasa el antiguo régimen de la ley, pues: *"por la muerte corporal de Cristo habéis muerto a la ley... somos como muertos respecto a la ley que nos tenía prisioneros, y podemos ya servir a Dios según la nueva vida del Espíritu, y no según la vieja letra de la ley."* (Rom 7,4. 6). La expresión más concentrada de lo que supone esta incorporación a Cristo es la de 1 Cor 6, 17: *"el que se une al Señor se hace un solo Espíritu con él"*. Es en la unión con Cristo donde se da la plena participación en la nueva vida que da el Espíritu.

Esta nueva vida en el Espíritu que el creyente recibe por su incorporación a Cristo le introduce en una nueva sabiduría, muy distinta de la sabiduría humana, y le da una capacidad de discernimiento que no procede de él, sino de Cristo: *"El hombre mundano no capta las cosas del Espíritu de Dios. Carecen de sentido para él y no puede entenderlas, porque sólo a la luz del Espíritu pueden ser discernidas. Por el contrario, quien posee el Espíritu lo discierne todo y no depende del juicio de nadie. Porque, ¿quién conoce el pensamiento del Señor para poder darle lecciones? Nosotros, sin embargo, poseemos el modo de pensar de Cristo."* (1 Cor 2,13-15). El modo de pensar de Cristo es el que da la capacidad de hacer un discernimiento que está por encima de la sabiduría humana.

Uno de los efectos de este nuevo conocimiento que da el Espíritu es el descubrimiento que hace el creyente de su condición de hijo de Dios. Pablo se refiere a él en dos pasajes. El más antiguo se encuentra en la carta a los gálatas y dice así: *"Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: «Abba», es decir, «Padre». De suerte que ya no eres siervo, sino hijo, y como hijo, también heredero por gracia de Dios."* (Gal 4,6-7). Sólo el Espíritu puede hacer revelar a quienes lo reciben su condición de Hijos. El otro pasaje se encuentra en la carta a los romanos y es mucho más explícito: *"Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues bien, vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor, sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y os permite clamar: «Abba», es decir, «Padre». Ese mismo Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, toda vez que, si ahora padecemos con él, seremos también glorificados con él."* (Rom 8,14-17). Hay dos novedades importantes con respecto a la formulación de Gálatas. Primero, la acción del Espíritu

²⁸ Schweizer, "πνεῦμα κτλ..." p. 427.

en el creyente está mucho más precisada: es un Espíritu de filiación que hace hijos a quienes lo reciben y los permite llamar a Dios Padre. Y segundo, que esta condición de hijos y de coherederos procede de la participación en el misterio pascual de Cristo.

Ahora bien, la nueva vida que da el Espíritu no consiste sólo en un conocimiento nuevo y en una nueva conciencia de la propia condición, sino que debe traducirse en un nuevo estilo de vida. Pablo resume las consecuencias éticas de la vida en el Espíritu en esta afirmación rotunda: *"Si vivimos según Espíritu, comportémonos también según el Espíritu."* (Gál 5,25). En otros pasajes utiliza expresiones muy parecidas a ésta en las que claramente se alude a este nuevo comportamiento nacido de la vida en el Espíritu: *"caminar según el Espíritu"* (Gál 5, 16; 2Cor 12, 18), o *"dejarse conducir por el Espíritu"* (Gál 5, 18; Rom 8, 14). Pablo pasa aquí, como en otros muchos lugares del indicativo al imperativo, de la afirmación de fe a las consecuencias éticas que ésta encierra²⁹. Y es en el imperativo de la ética donde se prueba si realmente se ha recibido el Espíritu y donde se desenmascara al espíritu que no procede de Jesús.

La "vida según el Espíritu" y "el comportamiento según el Espíritu" son al mismo tiempo un don de Dios y el resultado de una decisión del hombre, que todavía se haya atrapado por sus propias inclinaciones. Dicho con palabras de Pablo: se da un enfrentamiento entre la carne y el Espíritu, *"porque la carne está en contra del Espíritu y el Espíritu en contra de la carne"* (Gál 5, 17). Este enfrentamiento entre la carne y el Espíritu es otro de los temas centrales de la pneumatología paulina³⁰. La "carne" designa los criterios humanos, la forma de pensar y de vivir antes de creer en Jesucristo; desde el punto de vista ético y existencial, puede decirse que la "carne" es el hombre cerrado sobre sí mismo, que confía más en sus propias fuerzas que en la gracia de Dios. Por eso, "vivir según la carne" es a veces sinónimo de "vivir según la ley". El pasaje más elaborado sobre este tema se encuentra, de nuevo en la carta a los Romanos: *"Los que viven según la carne, a ella subordinan su sentir; mas los que viven según el Espíritu, sienten lo que es propio del Espíritu. Ahora bien, sentir según la carne lleva a la muerte; sentir conforme al Espíritu conduce a la vida y a la paz. Por eso el sentir de la carne es contrario a Dios, puesto que ni se somete a la ley de Dios ni puede someterse. Así pues, los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no vivís según la carne, sino que vivís según el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, es que no pertenece a Cristo."* (Rom 8,5-9). En esta lucha entre la carne y el Espíritu se decide la vida del hombre, pues *"quien siembre en la carne, de la carne cosechará corrupción; mas quien siembre en el Espíritu, a través del Espíritu cosechará vida eterna."* (Gál 6,8).

²⁹ S. Vidal, *La vida según el Espíritu. Reflexiones desde las cartas de Pablo* (Madrid 1994) pp. 7-9.

³⁰ Véase: E. Brandenburger, *Fleisch und Geist. Paulus und die dualistische Weisheit*. WMANT 29 (Neukirchen-Vluyn 1968) pp. 42-58.

La razón de esta lucha encarnizada entre la carne y el Espíritu que vive el creyente se explica por el hecho de que el Espíritu aún no ha sido derramado plenamente. Pablo utiliza dos términos muy precisos para describir en qué poseen los creyentes este Espíritu: primicia (Rom 8,23) y anticipo (2Cor 1,22; 5,5). El primero procede del ámbito agrícola y designa la primera gavilla que anticipa y representa toda la cosecha. El segundo procede de las transacciones comerciales, y designa la suma que se adelanta, con el compromiso de pagar el importe total. Esta conciencia de poseer el Espíritu sólo como primicia o anticipo revela la convicción de que el Espíritu es un don escatológico. Si ahora lo poseen sólo parcialmente, llegará un momento en que lo poseerán plenamente. Sólo en la consumación de la historia el don del Espíritu se derramará en toda su plenitud.

Quisiera señalar, finalmente, las principales manifestaciones de esta vida en el Espíritu, que se opone a la vida según la carne. Aunque no estoy seguro de que Pablo hiciera tal distinción, creo que podemos distinguir entre los frutos del Espíritu y los dones del Espíritu.

Los primeros son de carácter general, y se contraponen a los frutos de una vida según la carne. La lista más detallada se encuentra en Gál 5,22-23: amor (Rom 5,5; 15,30), alegría (Rom 14,17), paz (Rom 14,17), comprensión, amabilidad, bondad, fe (2Cor 4,13), mansedumbre, y dominio de sí. En otros pasajes también se mencionan justicia (Rom 14,17) y vida (Gál 6,8; Rom 8,6. 11; 2Cor 3,6).

Pablo subraya especialmente el don de la libertad, que brota de la condición de hijos antes mencionada. La misma presencia del Espíritu es ya condición de libertad, porque *"donde está el Espíritu del Señor hay libertad"* (2Cor 3,17). Su concepto de libertad está enraizado en la experiencia del éxodo. Es, por tanto una "libertad de" y una "libertad para". Libertad de la carne y de la ley, es decir de la tendencia del hombre a cerrarse sobre sí mismo. Libertad para transformarse cada vez más a imagen de Cristo (2Cor 3,18) y sobre todo para amar al prójimo. Pablo lo resume así: *"Es cierto, hermanos, que habéis sido llamados a la libertad. Pero no toméis la libertad como pretexto para la carne; antes bien, haceos esclavos los unos de los otros por amor. Pues toda la ley se cumple, si se cumple este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo."* (Gál 5,13-14).

Por su parte, los dones del Espíritu, los carismas, tienen una finalidad y una manifestación comunitaria. Esta fue una experiencia muy importante en la comunidad de Corinto. Pablo trata detenidamente el tema en 1 Cor 12-14, mostrando un equilibrio admirable. Algunos de estos dones parecen haberse desbordado y la comunidad recurre a la autoridad del apóstol para que ponga luz en el desconcierto que esta situación ha creado. El responde afirmando la importancia y validez de los carismas para la vida de la comunidad, pero aporta también claves de discernimiento siguiendo la consigna que él mismo había dado a los tesalonicenses en la primera de sus cartas: *"No apaguéis el Espíritu; no menospreciéis los dones proféticos. Examinadlo todo y quedaos con lo bueno."* (1 Tes 5,19-21). Los criterios para este discernimiento son fundamentalmente

dos: el primero es si contribuyen a la unidad y a la edificación de la comunidad (1 Cor 12,5-7), y el segundo es si están inspirados en el amor (1 Cor 13).

Este recorrido por los principales pasajes de las cartas paulinas en los que se habla del Espíritu revela la importancia que éste tuvo en la vida de aquellos primeros cristianos, y también la reflexión que Pablo y sus comunidades fueron haciendo. No hay en todo el NT otra experiencia del Espíritu más viva y más directa que la que encontramos en estos primeros escritos. La pregunta que surge al abandonar la primera generación cristiana es si esta experiencia continuó entre los cristianos de la segunda generación y qué formas concretas revistió en ella.

3 La experiencia del Espíritu en la segunda generación cristiana

La segunda generación cristiana suele situarse entre los años 70 y 110 d. C. El paso a esta nueva etapa en la historia del cristianismo naciente viene determinado por la destrucción de Jerusalén y por la muerte de los apóstoles³¹. Desde el punto de vista literario, el rasgo más sobresaliente es que en ella se escribieron la mayor parte de los escritos del Nuevo Testamento. Esta es la explicación de que sea esta la época de la que nos han llegado más testimonios sobre la experiencia que los primeros cristianos tuvieron del Espíritu.

Los escritos de esta época están vinculados a diversas tradiciones, que empalman con las tradiciones de la primera generación. En el ámbito de la tradición paulina deben situarse Efesios y Colosenses; las Pastorales y la obra de Lucas. Estos escritos pertenecen a épocas diversas y proceden de contextos diferentes, pero tienen en común el hecho de remitirse a la autoridad de Pablo. En estos escritos ha quedado reflejada la experiencia del Espíritu de las comunidades vinculadas a Pablo durante la segunda generación. Veamos primero la experiencia reflejada en las cartas, y luego la que aparece en la obra de Lucas, sobre todo en el libro de los Hechos.

Las cartas de los discípulos de Pablo

La vivencia del Espíritu en las cartas de los discípulos de Pablo es diferente a la que hemos visto en la primera generación. Hemos de distinguir entre Efesios y Colosenses por un lado, y las Pastorales por otro³². Efesios menciona catorce veces al Espíritu y Colosenses sólo dos. En ambas cartas se utiliza una terminología muy parecida a la de Pablo, pero esta semejanza es sólo formal. El Espíritu es, ante todo, la fuerza que hace crecer la comunidad

³¹ R. Brown, *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron* (Bilbao 1986) pp. 15-16 llama a esta generación "sub-apostólica" para subrayar su relación y dependencia con respecto a la generación apostólica.

³² Sobre el Espíritu en Efesios y las Pastorales, véase: Schweizer, "πνεῦμα κτλ" pp. 444-445; y también: Dunn, *Jesús y el Espíritu...* pp. 555-562.

(Ef 3,16), es un Espíritu de oración y de revelación (Ef 6,18; 1,17). Por dos veces se utiliza la expresión "sellados con el Espíritu" (Ef 1,13 y 4,30) tal vez para referirse al rito del bautismo. En ningún caso se relaciona la acción del Espíritu con la idea de éxtasis, y ni siquiera se menciona la palabra "carisma" tan importante en las cartas de Pablo.

En las cartas pastorales la distancia con respecto a la experiencia de las comunidades paulinas de la primera generación es aún mayor. El Espíritu Santo se menciona seis veces y la palabra carisma aparece dos. De las seis menciones del Espíritu, dos se encuentran en fórmulas fijas (1 Tim 3,16; 2 Tim 4,22). En otros casos se trata del Espíritu profético (1 Tim 4,1). El cambio de perspectiva de las Pastorales se percibe claramente en la vinculación del Espíritu con la tradición recibida y del carisma con el oficio eclesial. En 2 Tim 1,14 el Espíritu aparece como guardián de una tradición recibida, y no como mediación a través de la cuál Jesús habla en nuevas situaciones. Y en 1 Tim 4,14; 2 Tim 2,6 el carisma se refiere a un oficio eclesial concreto y no a un don carismático.

La trayectoria que se describe en Efesios y las Pastorales supone un cambio notable con respecto a las cartas de Pablo. Aquí se habla de una experiencia del Espíritu muy distinta; una experiencia que se va fijando en fórmulas y se va concretando en oficios duraderos. No sabemos por qué se produjo esta evolución, pero podemos sospechar que lo que encontramos en estos escritos de la segunda época paulina podría deberse a una reacción para controlar ciertas exageraciones y desvíos. En el transfondo queda, sin embargo, aquella primera experiencia como instancia crítica de una evolución posterior, que seguramente fue necesaria, pero que no puede tomarse como única referencia para todos los tiempos.

El libro de los Hechos

La obra de Lucas, contemporánea o posterior a las Pastorales, es un ejemplo de recuperación de la experiencia carismática de los primeros cristianos. En lo que hoy conocemos como el libro de los Hechos, que es la segunda parte de esta obra, los recuerdos históricos y la exhortación pastoral se funden para ofrecernos una visión integradora de los orígenes cristianos, fruto de una reflexión madura hecha con suficiente distancia temporal y desde una amplia experiencia eclesial. Es cierto que el Espíritu no aparece en ella con la misma fuerza que en las cartas de Pablo, sino en formulaciones más estereotipadas y formando parte de un esquema teológico. También es cierto que la experiencia personal del Espíritu, lo que Pablo llamaba "vivir en el Espíritu", se ha difuminado, dejando paso a una vivencia más comunitaria. Pero todo esto no puede oscurecer la importancia que Lucas concede al Espíritu y a sus manifestaciones en la vida de la Iglesia³³.

³³ Sobre el Espíritu en la obra de Lucas, véase: G. W. H. Lampe, "The Holy Spirit in the Writings of Saint Luke", en E. D. Nineham (ed.) *Studies in the Gospels. Essays in Memory of R. H. Lightfoot* (Oxford 1967) 159-200; Schweizer, "πνευμα κτλ...." pp. 404-415; y también: E. Schweizer, *El Espíritu Santo* (Salamanca 1984) pp. 80-86 y 97-101.

Voy a exponer de manera muy breve los principales rasgos de la acción del Espíritu en la Iglesia, que están de alguna manera resumidos en el segundo capítulo del libro³⁴. En él se enuncian, como en una obertura, los tres grandes temas que después Lucas va retomando: la irrupción del Espíritu (Hch 2, 1-13) impulsa a los discípulos a dar un testimonio valiente de Jesús (Hch 2, 14-41) y como fruto de este testimonio y del Espíritu en que son bautizados los que creen, se consolida la comunidad cristiana (Hch 2, 42-47). Espíritu, misión y comunidad son, en efecto, los tres temas que van resonando a lo largo de todo el libro, y ya desde el principio se presentan de forma articulada, de modo que se vea que es el Espíritu quien impulsa la misión y quien consolida la comunidad; que es la comunidad impulsada por el Espíritu quien lleva a cabo la misión; y que gracias a la misión aumenta y se consolida la comunidad.

La efusión del Espíritu es para Lucas, como he dicho antes, un don del Resucitado (Hch 2, 33). El Espíritu que se ha derramado sobre los discípulos es el mismo que había acompañado a Jesús a lo largo de todo su ministerio (Lc 3, 22; 4, 1. 14; y sobre todo Lc 4, 18 = Is 61, 1), hasta el punto de que en algunos casos se le llama "Espíritu de Jesús" (Hch 16, 7). Jesús mismo se lo había prometido a sus discípulos (Lc 24, 49) y su promesa se cumple el día de la fiesta judía de Pentecostés. Lucas pone un marco solemne a esta efusión del Espíritu, que probablemente se fue dando de una manera progresiva (Hch 2, 1-4). Esto es lo que hace pensar el hecho de que en el libro se describan otros tres "pentecostés" en los que el Espíritu irrumpe sobre los discípulos en momentos muy diversos: la primera persecución (Hch 4, 31); la llegada del evangelio a casa de Cornelio (Hch 10, 44-46); y la predicación de Pablo en Efeso (Hch 19, 5-6).

Todos estos pasajes ponen de manifiesto que Pentecostés fue una experiencia continuada, cuyas constantes aparecen de diversas formas en estos cuatro relatos. En primer lugar, aparece que el Espíritu es un don a la Iglesia. Su venida acontece siempre en un clima comunitario: cuando la comunidad está reunida en oración (Hch 1, 14; 4, 31), cuando los apóstoles predicán (Hch 10, 44) o después de recibir el bautismo (Hch 19, 7). En segundo lugar, su manifestación es inclusiva y hace que el horizonte de la iglesia se vaya ampliando cada vez más. Primero desciende sobre los discípulos de la comunidad de Jerusalén, después sobre un pagano y su familia en Cesarea y finalmente sobre un grupo de discípulos de Juan Bautista en Efeso. Finalmente, los efectos que produce: hablar en lenguas, anunciar el mensaje, profetizar y proclamar las grandezas de Dios, orientan su acción en dos direcciones: la consolidación de la comunidad (profecía y alabanza) y la actividad misionera (predicación del mensaje, y tal vez el hecho de hablar en lenguas).

³⁴ Keener, *The Spirit in the Gospels and Acts...* pp. 190-213.

De estos dos aspectos Lucas subraya, sobre todo, el segundo. La efusión del Espíritu tiene que ver sobre todo, con la evangelización, que consiste en dar testimonio de Jesucristo resucitado. Las últimas palabras de Jesús a sus discípulos describen esta función del Espíritu y señalan las principales etapas del relato: *"Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra."* (Hch 1,8). El Espíritu es, pues, un don para la misión y por eso asiste especialmente a quienes se dedican a la predicación y extensión del mensaje. Lucas lo expresa con una fórmula fija "llenos del Espíritu Santo", que aplica a Pedro (Hch 4,7), a los Siete (Hch 6,3-5), a Bernabé (Hch 11,22-24) y a Pablo (Hch 9,17; 13,6-10). Otras veces estos mensajeros del evangelio y el Espíritu aparecen unidos para dar conjuntamente testimonio de Jesús (Hch 5,30-32) o facilitar la acogida de los paganos en la Iglesia (Hch 15,28).

En los pasajes en que aparece explícitamente esta relación entre los mensajeros del evangelio y el Espíritu, descubrimos algunos rasgos característicos de esta relación. Observamos, en primer lugar, que el Espíritu Santo asiste de forma especial a algunas personas y las capacita para dar testimonio de Jesús en las situaciones más adversas, para romper las fronteras estrechas del judaísmo y anunciar decididamente el evangelio a los paganos, y para reconocer la acción de Dios, allí donde otros sólo descubrían motivos de sospecha. Además, quienes están llenos del Espíritu Santo son capaces de hablar con toda valentía, sin miramientos ni respetos humanos (Hch 2,29; 4,13. 29. 31; 9,28; 13,46 etc). Finalmente aparece que los apóstoles y demás ministros del evangelio son, ante todo, testigos (Hch 1,8; 2,32; 3,15; 5,32, etc). Pedro, Andrés, Esteban, Felipe, Bernabé y Pablo no son sino instrumentos en manos del Espíritu, que es el verdadero protagonista de la misión.

Este protagonismo del Espíritu en la misión aparece, sobre todo, cuando tiene lugar la primera evangelización de los paganos fuera de Jerusalén, y en la actividad misionera de Pablo. El encuentro de Felipe con el ministro etíope (Hch 8,26-40) es obra del Espíritu, como se subraya al comienzo y al final del mismo (Hch 8,29. 39), y lo mismo hemos de decir del encuentro de Pedro con Cornelio (Hch 10,1-11,18). Cuanto sucede en este episodio no depende de la iniciativa de Pedro, sino del Espíritu (Hch 10,19-20. 44-48). Esta actuación del Espíritu a través de Pedro, cuya autoridad era indiscutible, pone las bases para la misión a los paganos llevada a cabo en Antioquía por los helenistas que habían huido de Jerusalén, un episodio que Lucas ha colocado inmediatamente después de éste, sin duda intencionadamente. Este mismo protagonismo del Espíritu aparece en dos momentos importantes de la misión de Pablo. Él es quien elige a Bernabé y a Pablo y los envía (Hch 13,1-4), y es también quien guía y orienta la misión en los momentos más decisivos (Hch 16,6-10; 19,1-7). Es evidente que para Lucas el verdadero protagonista de la misión es el Espíritu.

Lucas concede también importancia a la acción del Espíritu en la comunidad cristiana. Este rasgo aparece ya en Hch 2, donde los que reciben el bautismo, y con él el Espíritu, forman una comunidad viva.

La relación del bautismo con el Espíritu aparece con llamativa insistencia en el libro de los Hechos. En unos casos el don del Espíritu parece ser una consecuencia del bautismo, que a su vez ha de ir precedido por un verdadero arrepentimiento (Hch 1,4-5; 2,38; 8,14-16), pero en otros, como en el caso de Cornelio y su familia el bautismo es consecuencia de la irrupción del Espíritu (Hch 10,47-48)³⁵. En Hechos se distingue entre el bautismo de Juan, el bautismo en el nombre de Jesús y el bautismo con Espíritu Santo (Hch 19,1-7). En la visión de Lucas los dos primeros son insuficientes. Sólo a través del bautismo con Espíritu Santo se produce la incorporación a la comunidad cristiana.

Esta comunidad formada por aquellos que han recibido el don del Espíritu Santo vive con un nuevo estilo de vida, cuyos rasgos característicos se encuentran en los sumarios de la vida comunitaria que Lucas ha ido intercalando en la primera parte del libro (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16). La novedad de este estilo de vida se advierte cuando comparamos lo que se dice de la vida de la comunidad de Jerusalén antes de Pentecostés y después. Antes, encontramos a una comunidad expectante, cuyo única actividad común es la oración (Hch 1,14). Después de Pentecostés, sin embargo, encontramos una comunidad mucho más viva y activa: "*Los que habían sido bautizados perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones*" (Hch 2,42; véase también 2,43-47). Esta nueva vida que anima a la comunidad es fruto de la acción del Espíritu, es la nueva vida de la que participan todos los que reciben el Espíritu al bautizarse. Sabemos que los sumarios de Hechos reflejan una visión idealizada, en la que se han reunido las mejores experiencias vividas por diversas comunidades. Lucas quiere mostrar a través de ellos lo que sucede cuando una comunidad se deja guiar por el Espíritu, y transmitir la certeza de que una comunidad es tanto más viva cuanto más se deja transformar por Él.

En el relato de Lucas descubrimos algunos ecos de la experiencia carismática de las comunidades vinculadas a Pablo en diversas épocas. Los planos se funden a veces y es difícil saber si está refiriendo una experiencia sucedida en la primera generación, o si refleja que vivían los cristianos de su comunidad, o incluso si lo que hace es exhortar a la comunidad a la que se dirige para que dé más cabida en su vivencia comunitaria y en su misión a la acción del Espíritu. En todo caso, tenemos aquí una vivencia distinta a la que hemos descubierto en las cartas de los discípulos de Pablo. Ya dije al principio que lo que encontramos en el NT no es una visión sistemática, sino retazos de experiencia, que en su variedad muestran cómo esta experiencia puede vivirse de distintas formas en diversas circunstancias.

³⁵ Según M. Quesnel, *Baptisés dans L'Esprit: Baptême et Esprit Saint dans les Actes des Apôtres* LD 120 (Paris 1985) esta falta de uniformidad podría deberse a experiencias diversas dentro de la iglesia naciente.

Observaciones finales

Después de este recorrido por los principales textos que hablan de la experiencia del Espíritu entre los primeros cristianos, cabe hacer algunas observaciones.

En primer lugar, es necesario tener en cuenta que mi exposición ha estado centrada en la experiencia de las comunidades paulinas, que fue donde esta experiencia se vivió con más intensidad y con más matices. Para tener una visión más completa de la experiencia del Espíritu que tuvieron los primeros cristianos, sería necesario estudiar también las otras tradiciones. Tendríamos que preguntarnos cómo se vivió esta acción del Espíritu durante la primera generación en la comunidad de Jerusalén, en las otras comunidades judeo-cristianas, o entre los seguidores galileos de Jesús que transmitieron los dichos del documento Q. En la segunda generación tendríamos que estudiar la tradición petrina y sobre todo la joánica. En todos estos casos, excepto en el de la tradición joánica, sólo contamos con indicios indirectos. En el caso de la tradición joánica, sin embargo, contamos con un testimonio directo que refleja una experiencia viva del Espíritu en la segunda generación.

Desde el punto de vista teológico, en los pasajes de la tradición paulina que he presentado, aparecen ya algunos temas importantes, que me limito a enumerar:

En primer lugar, se plantea el tema de la relación entre Jesús y el Espíritu. Observamos, por un lado, una íntima vinculación, y por otro un proceso de diferenciación. Con formulaciones diversas, las distintas tradiciones neotestamentarias subrayan la relación entre la Pascua y la efusión del Espíritu. El Espíritu es un don del Resucitado, pero es al mismo tiempo el Espíritu de Jesús. Lucas y Juan dirían que el Espíritu es la nueva forma de presencia de Dios entre los discípulos de Jesús después de su Pascua.

Otro aspecto importante es la acción del Espíritu en la vida del creyente. Es un tema desarrollado sobre todo por Pablo cuando habla de la "vida en el Espíritu". Este es un aspecto importante de la espiritualidad cristiana, que Juan retoma en la segunda generación, cuando habla del nuevo nacimiento y del nuevo culto en el Espíritu (Jn 3,5-6; 4,23-24).

La acción del Espíritu en la vida comunitaria es un aspecto subrayado de diversas formas por todas las tradiciones. El Espíritu es, ante todo, un don comunitario, que está en función del bien común, que concede y estimula los diversos carismas que animan la vida comunitaria. En este contexto debe situarse, como una constante interpelación para la Iglesia, la tensión que Pablo supo mantener entre la dimensión carismática de la Iglesia y autoridad de su ministerio apostólico para discernir qué carismas contribuían a la edificación de la Iglesia y cuáles no.

Finalmente, aunque se trata de un aspecto típicamente lucano, es interesante no olvidar la centralidad del Espíritu en la acción evangelizadora de la Iglesia. El libro de los Hechos, como hemos visto, presenta al Espíritu como el verdadero protagonista de la misión, lo cuál hace que nos preguntemos cómo hacer que sea él quien guíe las iniciativas evangelizadoras de nuestras iglesias.

Son aspectos de la teología sistemática, espiritual y pastoral que en el NT están apenas esbozados. Todos ellos se han ido clarificando a lo largo de la historia de la Iglesia gracias a una vivencia y a una reflexión inspiradas por el Espíritu. El NT no es sino el testimonio de cómo empezó esta nueva "vida en el Espíritu" que es propia del cristianismo.